

CAMPANILLAS

Taller de Malinas

Siglo XVI

Los Países Bajos, sobre todo los del sur, fueron durante los siglos XV y XVI uno de los principales centros de producción, comercio y exportación de obras de arte y artesanía de todo el norte de Europa. Se había forjado en ellos, desde finales da Edad Media, una pujante burguesía y una poderosa nobleza que tenía fuertes lazos de parentesco con la nobleza de toda Europa, especialmente con el reino de Castilla con el que mantendrá desde el enlace de Juana y Felipe continuos intercambios culturales y comerciales. Hacia las ferias más importantes del reino de Castilla vendrán preciosas tallas, ricos tapices, alabastros, encajes, pero quizás unas de las piezas que consiguieron mayor popularidad y difusión fueron las campanillas de Malinas, denominadas así por proceder de esta ciudad de la región de Brabante, conocida desde la Edad Media por su próspero comercio y por ser sede episcopal. En pleno siglo XVI, bajo el dominio español, Margarita de Austria, mujer de exquisito gusto literario y artístico, al fijar allí su residencia, creará un importante foco artístico impulsado por su generoso mecenazgo, lo que propiciará un ambiente de creación e innovación artística e industrial. Al que contribuirá la gran demanda, en estos momentos, de la industria bélica, lo que propiciará grandes avances en la investigación, mejorando la producción y la calidad de toda la industria siderúrgica, entres los que se encontraba también la fabricación de campanas y campanillas, que serán conocidas en toda Europa por su calidad.

La tipología de estas campanillas es muy común. La mayoría son de bronce y de pequeño tamaño, tienen forma de copa invertida y perfil esquilonado, se ponen en vibración golpeando su superficie interior con un badajo de hierro, que pende de una argolla sujeta a su casquete o cabeza. En las de mano, el mango forma un todo con la pieza y suele estar decorado con pequeñas hojas de acanto, tener forma de balaustre o presentar figuras unidas entre sí. Las que se tañen mediante una cadena tienen un orificio en la parte superior para poderlas afianzar a un soporte; a muchas de ellas le cambiaron el mango y las transformaron en campanillas de mano. Aun hoy podemos encontrarlas en numerosas iglesias y conventos de toda España, ya sean piezas originales flamencas o copias realizadas en talleres hispanos. El éxito conseguido por esta tipología es indudable, prueba de ello es la gran cantidad de copias que se realizaron a partir de ejemplares importados, lo que merma muchas veces la calidad de los relieves y la nitidez de las

leyendas.

El Museo cuenta con una colección de más de catorce campanillas litúrgicas, de distintas épocas y calidades, la mayoría de ellas adquiridas o donadas por los miembros de la Comisión de Monumentos, pocos años después de la creación del Museo. Las de mayor calidad están realizadas en las décadas centrales del siglo XVI y responden fielmente a la tipología antes descrita.

La primera de las que damos a conocer, presenta en el friso central de la falda un busto de perfil numismático y tres pequeños mascarones que se intercalan entre las figuras de Santiago a caballo y el arcángel San Miguel, expulsando el demonio al infierno. La parte superior de la falda está recorrida por una inscripción en caracteres góticos: “*GOT BOVE [N]...A L*”, y en el pie: “*GHEGOTEN INT IAER MDLVII*” (Fundida en el año 1557). El mango está decorado con pequeñas hojas de acanto y molduras. En la segunda campanilla, sin fecha, está representado, entre guirnaldas y enredaderas, el mito clásico de Orfeo tocando una “lira de braccio”, lira de origen italiano de cuerdas frotadas muy utilizada no siglo XVI. Orfeo, hijo de Apolo, tenía el don amansar a los animales y dominar la naturaleza, aquí representada por la figura de un conejo, un águila y dos monos sentados. Este mito clásico aparece desde los primeros años del cristianismo como prefiguración pagana de Cristo en su descenso al limbo de los justos y como cautivador de todas las criaturas, pero es en el mundo renaciente del XVI cuando se ve con profusión como elemento decorativo en todas las artes.

La inscripción en la base del cuerpo dice: “*SIT NOMEN DOMINI BENEDITVM*” (Bendito sea el nombre del Señor). El mango, decorado con finas bandas horizontales, no es el original, sin embargo es una pieza curiosa y a la que se ha prestado cierta atención. Su alma es de hierro con un baño de plata barnizada con corla de cinabrio, lo que le proporciona un color rojizo muy llamativo, circunstancia que se puso de manifiesto gracias a la labor de restauración llevada a cabo recientemente por la restauradora Beatriz Venías Vázquez..

La tercera campanilla tiene un remate perforado y un mango en forma de balaustre unido al cuerpo por medio de molduras escalonadas. La parte central de la falda presenta una decoración de medallones con bustos y florones de gusto plateresco; este friso está enmarcado por dos bandas con sendas inscripciones, en la superior podemos leer: “*GOT BOVEN...A L*, y en la que recorre el pie: “*PETRVS ¿G? [...]NEVS ME FECIT 1565*”, al que podemos identificar con el maestro bronceista Petrus Van den Guein activo en Flandes en esta época, y del que no conocemos más datos.

Por último, la cuarta responde a una tipología diferente. Es mas grande, está peor realizada y su leyenda menos cuidada. El mango es trilobulado y calado y la inscripción sólo recorre parte del borde inferior: “ANIMAS DE PURGATORIO”. Su repertorio iconográfico está en relación con el tema de la leyenda. En la parte central aparece la representación de las ánimas del purgatorio alrededor de la Virgen y en la parte contraria un escudo con la exaltación de la Eucaristía; intercalando entre ambos temas la figura estilizada de Cristo entre dos estrellas, como redentor de las almas.

Además de los pasajes mitológicos, otros temas frecuentes en estas campanillas, y por ellos fácilmente reconocibles, son los evangélicos como los de la Anunciación de María o los bíblicos; acompañando a estas iconografías suelen aparecer fragmentos de salmos, oraciones, marcas, año de la fundición o el nombre del bronceador, siempre acompañados de una decoración de tipo clásico como medallones, guirnaldas, bucranios o putis. Además del maestro antes citado, cabe destacar entre otros importantes bronceadores al maestro Jan Van den Eyden (1515-1556), nacido en Malinas y establecido en Amberes desde 1545 donde fue nombrado proveedor oficial para todos los objetos de metal fundido. Hijo de un importante fundidor, Johannes “El Joven” se especializó en la fabricación de campanillas de estilo renacentista e influencia italiana de las que se conservan ejemplares por toda Europa, y de las que se hicieron numerosas copias.

Las campanillas se conocen y se utilizan desde la más remota antigüedad en Oriente y Occidente tanto para usos civiles como religiosos. En la liturgia cristiana, aunque se encontraron algunas *tintinnabula* en las catacumbas su uso no aparece con anterioridad al siglo VI. Se cree que se comenzaron a utilizar en los conventos para llamar a los monjes a la oración y a los oficios divinos; como consecuencia de este uso surge la costumbre de bautizarlas y ponerles nombres. A partir del siglo XIII comenzaron a utilizarse en la misa en el momento de la elevación, antes de la comunión cuando el celebrante dice *Ecce agnus Die*, en el *domine*, y en los sucesivos *ego no sum dignu* para dar solemnidad a la ceremonia, por lo que la locución de “campanillas” pasó a formar parte en el lenguaje coloquial para aludir una circunstancia muy especial o para designar a un personaje relevante.

El tañer de las campanillas y campanas forma parte de nuestros recuerdos. Hasta fechas recientes el doblar de las campanas marcaba las horas y el tiempo de los hombres desde su nacimiento hasta su muerte, espantaban el miedo, protegían de las tormentas y avisaban del fuego, cada uno de los feligreses conocía el sonar de sus campanas. Unas veces repicaban a gloria,

otras sonaban melancólicas a muerte... *outras tocaban o lonxe o cantar do Ave María.*